

Nuestra identidad en Cristo
 Gálatas 3:23-29
 Iglesia Tampa Covenant
 4 de octubre de 2026

Proposición: En Cristo somos hijos de Dios por medio de la fe; por lo tanto, encontramos nuestra identidad únicamente en Cristo.

FCF: Encontrar nuestra identidad en las distinciones humanas más que en nuestra identidad compartida en Cristo.

RHF: Por medio de su persona y obra, Cristo nos ha liberado de la tutela de la ley y nos ha hecho hijos de Dios, unidos unos a otros en él como herederos conforme a la promesa de Dios.

(#1) Introducción:

Como pueden ver, el título de este sermón es «*Nuestra identidad en Cristo*». Y no se trata tanto de cómo nuestra identidad es moldeada por los distintos sombreros que usamos o los papeles que desempeñamos, sino más bien de quiénes somos «*en Cristo*» y cómo lo vivimos en esta comunidad y ante un mundo que observa. Porque es cierto: podemos afirmar «*Sí, mi identidad está en Cristo*» y, sin embargo, vivir de una manera que en realidad socava o incluso subvierte la identidad que afirmamos. En nuestro texto de esta mañana, Pablo nos mostrará qué significa estar «en Cristo» mientras vivimos juntos como «*herederos conforme a la promesa*». Así que oremos para que el Espíritu Santo grabe la verdad del evangelio **(#2) en nuestros** corazones mientras prestamos atención a la Palabra de Dios.

La vida bajo la ley: vv. 23-25

Recuerden la semana pasada: Pablo hace dos preguntas acerca de la ley. 1) ¿Para qué, pues, la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones. Es decir, fue añadida para mostrar el pecado como una violación consciente de los mandamientos de Dios. Y permaneció vigente hasta que viniera la descendencia a quien se había hecho la promesa. Luego preguntó: «*¿Es entonces la ley contraria a la promesa?*» De ninguna manera, porque si la ley pudiera dar vida, entonces la justicia ciertamente vendría por la ley. Pero no puede; por eso la ley no es contraria a la promesa. Más bien, la ley sirve a la promesa, pues *la Escritura (la ley) encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe en Jesucristo fuese dada a los que creen (Gálatas 3:22).*

En el texto de hoy, Pablo continúa esa idea al explicar cómo era la vida **(#3) bajo la ley**. Escribe: «*Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados hasta que la fe que había de venir fuese revelada. ¿Qué quiere decir Pablo con “antes que viniese la fe”? No quiere decir que la fe nunca estuviera presente en la comunidad del Antiguo Pacto, porque cuando volvemos a Génesis 15 vemos que Abraham ciertamente tenía fe. Creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Así que la fe que Pablo tiene en mente ya la mencionó en el v. 22: es la fe en Jesucristo; una fe distintivamente centrada en Cristo.*¹ Por tanto, desde que se estableció la ley mosaica, Pablo dice que quienes estaban bajo la ley fueron mantenidos cautivos y encerrados hasta que la fe venidera fuese revelada. **(#4) Y concluye** en el v. 24: «*De manera que la ley fue nuestro ayo hasta que vino Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe*».

La palabra que Pablo (#5) usa aquí para *ayo*² reflejaba una práctica común en el mundo romano, donde un esclavo de la casa ejercía responsabilidad sobre un niño en particular. Lo acompañaba a la escuela, se aseguraba de que terminara sus tareas a tiempo, y la tutela incluía disciplina cuando era necesario. Ahora bien, esto no era necesariamente algo negativo. El ayo desempeñaba un papel importante. Como presencia constante en la vida del niño, su deber principal era mantenerlo en el camino correcto: «*Debes estar aquí y no allá; debes hacer esto y no aquello*». Sabemos lo que se siente, ¿verdad? Es agotador.

(#6 En blanco) Recuerdo cuando nació nuestra hija mayor, Chelsea, y le cambié el pañal por primera vez en el hospital. Mi suegra, que desde entonces partió para estar con el Señor, estaba allí mismo mirando por encima de mi hombro. Apenas había tocado el pañal de mi hija cuando oí: «*¡No, Marco! No, mi vida; eso no se hace. ¡No, Marco!*» Fue angustiante, pero ella no estaba haciendo nada malo. Yo era un padre primerizo y necesitaba toda la ayuda posible. De nuevo, todos sabemos lo que es actuar bajo la mirada vigilante de alguien listo para corregirnos. Eso nos da una idea de la tutela que Pablo tiene en mente. Era pesada, exigente e incesante, pero cumplía un propósito legítimo. Y, sobre todo, no era un arreglo permanente.

(#7) Porque Pablo dice en el v. 25: «*Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo ayo*». No es que el ayo haya fracasado; más bien, su función terminó con la venida de Cristo. Así como un niño que ha madurado hasta la edad adulta ya no necesita ayo, quienes pertenecen a Cristo ya no están bajo la ley como su tutor; hemos sido justificados por la fe. Iglesia, estas son buenas noticias, porque la presión de hacer buenas obras para alcanzar o mantener una posición justa delante de Dios ha sido quebrantada por la gracia de Dios. Ahora bien, esta gracia no nos libera para hacer lo que queramos en la vida cristiana. Nos libera de la carga de intentar ganar lo que Dios ya nos ha dado en Cristo. Estas son buenas noticias: en Cristo, nuestra relación con Dios ha cambiado. Ya no estamos bajo la ley porque (#8) hemos sido unidos a Cristo.

La vida en Cristo: (vv. 26-29)

(#9) Pablo dice en el v. 26: «*pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús*». El NT no nos da una definición sencilla de lo que significa «*en Cristo*»³. Pero esa frase preposicional tiene mucho peso en los escritos de Pablo. Y cuando la usa, no está diciendo simplemente que Cristo ha hecho algo por nosotros. Está diciendo que, por medio de la fe, ahora existimos en unión con él. Estamos verdaderamente unidos a él; él está en nosotros y nosotros estamos en (#10) él. Recordemos Gál. 2:20, cuando Pablo dijo: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*». (#11) Sinclair Ferguson dijo: «*La fe que nos une a Cristo también absorbe toda bendición espiritual que hay en él*». Bendiciones de paz con Dios, esperanza en el sufrimiento, la presencia de Dios y libertad de la condenación.⁴

(#12) Y Pablo identifica la filiación como una de estas grandes bendiciones, lo cual habla de nuestra nueva identidad como hijos de Dios por medio de la fe. La elección de Pablo de la palabra «hijos» importa porque, en la Escritura, la filiación llevaba consigo la idea de posición, privilegio y la bendición de una herencia. Su uso de la palabra podría parecer dirigido solo a los hombres, pero las mujeres también están incluidas. (#13 En blanco) Y esta declaración refutaba a quienes insistían en que la fe en Cristo debía

complementarse con obras de la ley para asegurar una posición justa delante de Dios. Pero Pablo nivela por completo el terreno al decir: todos ustedes son hijos de Dios únicamente por la fe, únicamente en Cristo. Iglesia, esto es real y es para siempre. Pero también hay momentos reales en nuestra vida cuando no nos sentimos hijos e hijas de Dios. Al terminar el culto volveremos a la vida cotidiana, y experimentaremos y enfrentaremos diversas consecuencias marcadas por la caída: tensiones en las relaciones y episodios de ansiedad, soledad, decepción y frustración. A veces esas cosas pueden volverse tan abrumadoras que cuesta ver más allá de ellas. Pero ninguna de esas dificultades cambia quiénes somos en Cristo; sigues siendo hijo y sigues siendo hija. Porque nuestra condición de hijos de Dios no depende de cómo nos sintamos un día determinado ni siquiera de lo que estemos atravesando; descansa en Cristo y en nuestra unión con él.

(#14) Pablo nos ayuda a ver esto en el v. 27: «*Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido*». Pablo no está diciendo que nuestra unión con Cristo provenga de nuestro bautismo; más bien, reflexiona sobre cómo el bautismo señala la realidad interior de nuestra limpieza espiritual por la fe. Significa que hemos sido lavados y limpiados del pecado.⁵ Y es un sello que nos marca visiblemente como propiedad de Cristo para siempre. Pablo dice que nuestro bautismo revela que nos hemos «*revestido de Cristo*». La NLT añade que es «*como ponerse ropa nueva*». Lo cual **(#15 En blanco) sin duda arroja** luz sobre cómo describimos esta justicia ajena que es nuestra en Cristo.

Es decir, cuando Dios nos mira, ve la justicia de su Hijo, porque hemos sido vestidos con la justicia de Cristo. Y así, si nuestro bautismo da testimonio de que nos hemos revestido de Cristo, entonces declaramos públicamente que no nos pertenecemos a nosotros mismos; pertenecemos a Cristo. Nuestra identidad ha cambiado.

Malcolm Gladwell dijo en uno de sus libros que gran parte de lo que llamamos nuestra identidad se ensambla a partir del mundo que nos rodea: de nuestra etnia, religión, la música que escuchamos, la ropa que usamos e incluso los productos que compramos.⁶ En otras palabras, constantemente nos ponemos pequeñas insignias y nos identificamos con artefactos culturales que nos ayudan a describir quiénes somos y cómo somos; eso está bien. Pero si tomamos en serio las palabras de Pablo, debemos concluir que ninguna de esas cosas nos define en última instancia. Más bien, nuestra identidad más verdadera descansa en el hecho de que nos hemos revestido de Cristo y hemos sido cubiertos con su justicia perfecta. Esto es, en efecto, quienes somos. Y el Señor soberano del universo nos llama hijo y nos llama hija. Aunque hay toda clase de cosas que pueden describir quiénes somos, ninguna de ellas describe de quién somos.

(#16) Y Pablo deja esto claro en el v. 28: «*Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*». Pablo presenta tres pares de distinciones que los creyentes gálatas habrían reconocido rápidamente: judío/griego, esclavo/libre, varón/mujer. En esencia, se reducen a raza, clase y sexo.⁷ La primera distinción entre judío y griego era vital para el argumento de Pablo en esta carta. Desafiaba la afirmación de los judaizantes de que los gentiles debían adoptar señas de identidad judías para ser plenamente aceptados en la comunidad del pacto.⁸ Estas distinciones eran frecuentes en los días de Pablo y siguen muy presentes en los nuestros.

(#17 En blanco) Pablo ha preparado bien el terreno para llegar a esta conclusión. Si todos en estas iglesias de Galacia, sin importar raza, clase o sexo, ya no están bajo ayo y han llegado a ser hijos de Dios por medio de la fe; y si todos han sido bautizados en Cristo y se han revestido de Cristo, entonces Pablo dice que todos son uno en Cristo. Y lo mismo es cierto de nosotros aquí y ahora: ¡todos somos uno en Cristo! Ahora bien, Pablo no está diciendo que estas distinciones ya no existan. ¡No! Basta mirar alrededor del santuario. Venimos de distintos trasfondos raciales y socioeconómicos, y la comunidad está compuesta por hombres y mujeres.⁹ Estas distinciones existen sin duda, pero el punto de Pablo es claro: ninguna de ellas sirve como base para determinar nuestra posición delante de Dios ni nuestra pertenencia a la comunidad del pacto. Porque la unidad y la igualdad entre el pueblo de Dios no son una aplicación bíblica opcional que podamos aceptar o dejar; fluyen directamente del evangelio mismo.¹⁰

¿Cómo se ve eso en la Iglesia de Tampa Covenant? Creo que todos podemos **(#18) empezar por preguntarnos**: «¿A qué distinción o distinciones me estoy aferrando que podrían estar sirviendo de barrera para la comunión en el cuerpo de Cristo?» Y algo me dice que, si pedimos al Espíritu Santo que revele esas distinciones que tendemos a hacer, comenzaremos a ver dónde estamos encontrando nuestra identidad. **(#19 En blanco) No me** malinterpreten: todos gravitamos naturalmente hacia lo familiar y cómodo; hacia personas que se parecen a nosotros, hablan como nosotros y tienen trasfondos y hábitos culturales similares. Nada de eso es inherentemente pecaminoso. Pero, en el fondo, si nuestros corazones se inclinan a ver la raza, la clase, el sexo, nuestra política, la edad y la capacidad como factores determinantes de con quién tenemos o no tenemos comunión, entonces con nuestras acciones estamos diciendo: «*No me importa que estas distinciones fracturen lo que Cristo murió para unir*». Ceder a estas prácticas es permitir que las distinciones humanas nos definan más que nuestra identidad compartida en Cristo. Iglesia Tampa Covenant, este no puede ser nuestro testimonio ante un mundo que nos observa.

Ahora somos uno en Cristo, y viene un día en que disfrutaremos de comunión perfecta en la presencia de nuestro Salvador en los cielos nuevos y la tierra nueva. Pero no tenemos que esperar hasta ese día. Con la ayuda del Espíritu Santo, comenzamos ahora. Y allí donde nuestras actitudes y acciones hayan contradicho la unidad que Dios nos ha dado en Cristo, nos arrepentimos ante Dios y unos ante otros. Solo por su gracia, procuramos habitualmente mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Nos tratamos por igual como hermanos y hermanas en Cristo. Y al hacerlo, ofrecemos a este mundo que observa un vistazo de una comunidad que Cristo ha hecho nueva y está **(#20)** haciendo nueva. John Stott dijo: «*antes de Cristo, todos éramos iguales en nuestra necesidad de salvación, iguales en nuestra incapacidad para ganarla o merecerla, e iguales en el hecho de que Dios nos la ha concedido gratuitamente en Cristo*».¹¹ Y si eso es cierto, resistamos y huyamos de toda tentación de despreciarnos o tratarnos con condescendencia sobre la base de cualquier distinción o aparente desigualdad. Porque nuestra posición delante de Dios y nuestra comunión unos con otros no están determinadas por esas cosas. Más bien, han sido firmemente establecidas en nuestra unión compartida con Cristo.

Conclusión:

(#21) Aquí, en el v. 29, Pablo cierra el argumento para las iglesias de Galacia y también para nosotros: «*Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa*». **(#22) Pablo vuelve** a la premisa que estableció en el v. 7: «*Sabed, por tanto, que los que son de fe, estos son hijos de*

Abraham». Esto es lo que somos. Ya no estamos bajo ayo porque en Cristo somos hijos e hijas de Dios por medio de la fe. (#23 En blanco) Este es el evangelio; el evangelio de la gracia que nos da una nueva identidad, una nueva esperanza y nos une a todos en Cristo. Vivamos, pues, como herederos conforme a la promesa de Dios, tanto dentro como fuera de esta comunidad del pacto, para que otros vean a Cristo en nosotros, la esperanza de gloria, ahora y para siempre. Amén.

¹ Douglas J. Moo, *Galatians*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2013), 241–242.

² παιδαγωγός (*paidagōgos*), ayo, custodio, supervisor (1 Co 4:15; Gá 3:24, 25+)

³ Pablo usa la frase «en Cristo», o alguna variación de ella, más de 80 veces en sus cartas y 8 veces en la carta a las iglesias de Galacia. ⁴ Sinclair B. Ferguson, *The Whole Christ: Legalism, Antinomianism, and Gospel Assurance—Why the Marrow Controversy Still Matters* (Wheaton, IL: Crossway, 2016), 108.

⁵ Philip Graham Ryken, *Galatians*, Reformed Expository Commentary (Phillipsburg, NJ: P&R Publishing, 2005), 145–46. ⁶ Malcolm Gladwell, *What the Dog Saw: And Other Adventures*, audiolibro sin abreviar, narrado por Malcolm Gladwell (Nueva York: Hachette Audio, 2009), 3:09:00.

⁷ John R. W. Stott, *The Message of Galatians: Only One Way*, The Bible Speaks Today (Leicester, Inglaterra; Downer's Grove, IL: InterVarsity Press, 1986), 100–101.

⁸ Moo, 253–254.

⁹Stott, 100–101.

¹⁰ G. Walter Hansen, *Galatians*, The IVP New Testament Commentary Series (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1994), Gá 3:28–29.

¹¹ Stott, 100.